«precision en todos sus actos, que no sabréis distinguir ni una nu-«becilla en toda aquella vasta atmósfera de verdad. Desde san Pe-«dro hasta Pio IX, mas de doscientos Papas de diversa procedencia «y educacion se han sucedido en el grande ministerio, y de todos «emanó la misma justicia y la misma enseñanza.»

Yo me adhiero completamente á los anteriores juicios por el señor Jehan, ilustre miembro de la Sociedad geológica de Francia; ellos expresan ó confirman lo que yo me habia propuesto sostener.

Con mucha exactitud dice un célebre expositor que la cátedra pontificia viene simbolizada en el trono de Salomon, construido de maderas de cedro incorruptible, y hace notar que al paso que en las sillas constantinopolitana, alejandriana y antioquena se sentaron algunos obispos herejes que desde ellas corrompieron la fe y la Iglesia, como Nestorio, Eutiques, Macedonio, etc., en la Silla romana ningun pontífice hereje se ha sentado hasta ahora. Así provee Jesucristo la integridad de la fe, de la verdad y de la justicia.

El hombre necesita verdad, porque la verdad es completar su alimento, que con solo pan no llenaria las necesidades de la vida; dando la verdad al hombre, el Pontificado coadyuva á la constitucion, desarrollo y sosten de su ser, y por lo tanto ejercita el verdadero oficio de madre.

Otro dia os hablaré de la gloria que hoy está cosechando el Pontífice, en el desempeño de la gloriosa maternidad. Baste consignar por ahora, que á pesar de este diluvio horrible de revoluciones y doctrinas que la propaganda revolucionaria descarga contra la justicia de la Iglesia, esta se presenta pura, santa, inmaculada como el dia en que salió del costado del Redentor. El *Credo* de Pio IX es el *Credo* de san Pedro: vuestro *Credo*, hermanos, es el *Credo* que rezaba el mártir al dirigirse al Anfiteatro, el *Credo* que balbuceaban los labios de la vírgen cuya alma se dirigia del Circo al cielo.

Concluyamos. Por la pureza de sus enseñanzas, la Santa Silla merece ser comparada con la pureza inmaculada de la Vírgen. Como la Vírgen ofreció á su Hijo en la cruz sin haber derramado en su corazon una sola palabra que contrariase los sublimes planes del Eterno; así el Pontificado presenta hoy al Señor una sociedad pura, como la gracia que se confirió á sus hijos en el bautismo.

CONFERENCIA SÉPTIMA.

Fecundidad de las dos Inmaculadas.

I. El amor personificado en la Trinidad augusta. — Naturaleza, influjo y operaciones del amor. — Su enlace con la verdad y con la infalibilidad. — El amor y su doble esposa, la esposa mujer, la esposa institucion, María y el Pontificado. — Paralelo entre ambos esposos en relacion al amor.

II. El milagro de las bodas de Caná reproducido por el Pontificado. — Escena del cojo desde el vientre de su madre, curado por Pedro en la puerta de Jerusalen. — Consideraciones sociales inspiradas por la relacion bíblica de aquel milagro. — La esclavitud y el establecimiento antiguo, la libertad y el progreso cristiano. — El Pontificado conservando y extendiendo el amor por medio de las instituciones religiosas. — San Basilio y su Órden. — San Benito y su Órden. — El Cister. — Los siglos XII y XIII, su estado social y sus Órdenes religiosas. — El feudalismo y el monaquismo. — Las Cruzadas. — Contestacion á algunas objeciones contra ellas bajo el punto de vista de la unidad. — Las virtudes de la guerra. — La redencion de los cautivos. — Los Trinitarios. — Mercedarios. — Lutero y los santos Ignacio de Loyola y Vicente de Paul. — El espíritu de san Juan y de san Pablo reproducido en estos dos fundadores. — Actitud religiosa y social de las Órdenes por ambos fundadores. — Táctica abominable de los que quieren la impopularidad de la Iglesia. — Supresion de las Conferencias de san Vicente en Francia. — Conclusion.

Hermanos: En las dos últimas conferencias consideramos la maternidad de la Vírgen y del Pontificado, por lo que atañe á la educacion doctrinal: hoy nos toca considerar la maternidad de ambos, por lo que respecta al amor. El amor es naturalmente fecundo, pero el que forma el espíritu de la Santa Silla y de la inmaculada Vírgen lo es en tan alto grado, que mirada bajo este punto de vista, la maternidad debe llamarse fecundidad.

En estas insinuaciones teneis trazado el plan de mi séptima conferencia.

Estudio de la fecundidad del amor de la Santa Sede, basado en un paralelo con la del amor de la inmaculada Vírgen.

De este amor que sobreabundó en ti, Señora, envíame un destello, una chispa de esta llama que se levanta de tu corazon, como la llama se eleva del cráter. Ella me bastará para que sepa hablar á la altura de mi objeto. Recibe nuestro saludo: *Ave María.*

I.

El amor tiene su divina personificacion en la Trinidad augusta: á él se debe el admirable determinio que tomó el Verbo de descender á la tierra y salvar al hombre; por su virtud se consumó la encarnacion en las entrañas de esa santa niña; el amor es el espíritu de Dios, que se cernia sobre el cáos, cuando no era mas que un cáos el universo; el que fecundizó la palabra de la sabiduría, traduciendo en *factum est* los *fiat* del Verbo; el amor fue el que restableció el órden en la humanidad, traduciendo en ley, convirtiendo en moral, las enseñanzas del Cristo, llevando en sus alas á los piés de la cruz de Cristo las generaciones que Cristo llamaba, con la tremenda elocuencia de su palabra y de sus sufrimientos. El amor ¡ay! yo no puedo presentároslo, como os puedo presentar la sabiduría; no puedo definíroslo, como os he definido la sabiduría: la sabiduría se encarnó: *Verbum caro factum est.* Yo os he podido señalarla, porque levantó su cátedra en el Calvario, á la vista del universo: he podido, pues, señalaros la cruz y deciros: ¿Veis el que está sentado en ella? es el Verbo, la sabiduría. Del amor no puedo hacerlo así.

No obstante, ¿sentís esta influencia saludable, este estímulo celestial, que como la fuerza de un iman os arrastra, os eleva, os sublima, é imperceptiblemente convierte en gozo inefable el sacrificio de vuestras mas estimulantes pasiones? ¿sentís este poder indefinible que obra en vosotros, depositando en vuestro espíritu el gérmen de unas obras que luego dais á luz con dolor, pero que cuando las habeis dado á luz, participais de un gozo semejante al gozo de la madre que saluda en sus brazos al hijo que ha parido con pena? en fin, ¿veis la faz de la tierra cubierta de flores y frutos de santidad, de justicia, de virtud; la veis regada por torrentes abundantes, circuida por mares de divina gracia? Pues, en estas cosas veis, en estas cosas sentís el amor. El Verbo es la verdad, el Espíritu Santo la fecundidad.

La verdad y el amor tienen enlaces íntimos en la tierra, porque tienen una misma esencia en el cielo.

Dios es caridad, la caridad es verdad; la verdad y la caridad es Dios.

El que tiene caridad habita en Dios y Dios habita en él.

El que habita en Dios conoce la verdad, porque la verdad es Dios; y Dios, que es tambien luz, se revela á los que se le unen: la caridad, ó el amor, siendo el principio de la union con Dios, es el principio de la infalibilidad. La infalibilidad es inseparable de la caridad: una institucion infalible no puede ser sino una institucion unida perfectamente con Dios: el amor y la verdad son dos personas de un Dios mismo, el amor es en Dios el espíritu fecundo de la verdad indefectible.

Pues bien, este espíritu fecundo escogió una esposa entre las hijas del Verbo, y otra entre las instituciones del Verbo: la esposa vírgen eres tú, ó Inmaculada, es el Espíritu Santo el que te dice: «Son tus labios, ó esposa mia, un panal que destila miel.» La esposa institucion es el Pontificado, al cual sin duda aludia el mismo Espíritu de amor diciendo: Miel y leche tienes debajo de la lengua.

Á María como al Pontificado puede aplicarse esta palabra: Tus renuevos forman un verjel *delicioso* de granadas, con frutos dulces como de manzanos.

María y el Pontificado pueden decir con igual exactitud: Ordenó el Señor en mí la caridad; introdújome el Señor en la cámara del vino precioso; embriagóme con la abundancia de sus amores; soy la Madre del bello amor: por esto san Epifanio la apellida: *Affectatrix Jesu* [1]. Y san Ildefonso asegura que nada se veia en ella sino la llama del Espíritu Santo, que como el fuego al hierro la habia enardecido y encendido.

En el mismo instante de su concepcion, dice Convelt, se ofreció á la santísima Trinidad con tanto amor, que desfalleció, pudiendo decir: *Fulcite me floribus, stipate me malis, quia amore langueo.* Y las flores con que le confortó el cielo fueron las gracias estupendas de su espíritu en recompensa de las que, ella, elevó al Altísimo toda la belleza de su incomparable ser, y así pudo decir: Considerad que soy negra porque el sol se ha bebido mis colores. ¿De qué sol se trata? del sol de la Divinidad. Bebió el sol sus colores para que el mundo no viera toda su hermosura, cuya perfecta admiracion el Señor reservaba á la Iglesia católica. Era luminosa como Dios, y parecia negra como el hombre. Sus colores los tenia el sol, porque eran colores de fuego, colores de amor. Así como en cóncavo espejo todos los rayos convergen y se centrifican, así todo el amor de la santísima Trinidad convergió en ella de modo que pudiera decir con exactitud: *Ordenó el Señor en mí la caridad.*

El amor de María á los hombres ¿quién podrá compararlo? Tenia un Hijo, escogido entre millares, oro finísimo su cabeza, coronábale una cabellera negra como un azabache, espesa y larga, decaida como hacinados renuevos de palma: ella nos lo dió. Por nosotros lo habia recibido en su seno, por nosotros lo entregó á la cruz: ¡qué amor!

¡Ah! el Pontificado no entregó su hijo á la cruz, porque su hijo es el género humano; pero, por amor al género humano, hijo suyo como hijo de María, los mas ilustres Pontífices subieron al cadalso.

Amaba María á los hombres fugaces, aunque no los poseia, y no poseyéndolos sufria; luego si sufria, herida estaba; y aquella su herida era favorable á la salvacion de los hombres. ¡Oh santísima Vírgen, qué hermosa y bella herida te causó la saeta de la caridad! ¡qué hermoso y poético es para tí morir por otro!

[1] Orat. de Assumpt.

Este recibe la flecha del amor carnal; aquel muere abrasado por la concupiscencia de humana gloria; pero la flecha que tú escogiste para tu corazon fue la mas bella y hermosa. Para tí Dios fue el flechero, flechero fue tambien el hombre; Dios te disparó la saeta elegida, la saeta del amor al género humano, cuya bienaventuranza ardientemente desea; el hombre te disparó asimismo su saeta; pues tú le amas con suma misericordia, no ignorando que en beneficio suyo Dios te crió. Dios arrojó su Hijo al hombre como una saeta es á su blanco arrojada, segun aquello del Profeta: *Deus Pater posuit me sicut sagittam electam.* (Isai. XLIX). Justo es, por lo tanto, que la Madre, imitadora del Hijo, sea como este arrojada por la humana salud.

Cada momento traspasa el corazon del hombre y lo convierte de oscuro en resplandeciente, de muerto en vivo, y cuando ve á alguno envuelto en la miseria se compadece, como acostumbra compadecerse la madre en la muerte de su primogénito. Por ello de continuo se acerca al hombre, infunde en su pecho consejos, inspiraciones, temores, y con ellos le inflama, le transforma, le vivifica. Ni deben admiraros estos desvelos extraordinarios de caridad de su parte, sabiendo que es ella la misma misericordia.

Escuchad las palabras que le dirige el Esposo: *Adjuro vos filiæ Jerusalem ne suscitetis, neque evigilare faciatis dilectam* (Cant. VIII), y luego la version hebrea añade á la voz *dilectam*, la voz *amorem*, y Vatablo solo escribe el amor, como si nada mas que el amor fuese la esposa. Así, pues, como el ardiente fuego todo lo devora, todo lo despoja transformándolo todo en su sustancia y en sus llamas, así la Vírgen santísima con el incendio de su unidad inflama el orbe entero, y siendo, como es, el incendio del amor, todos los amores reduce al amor del que es ella esencia. Los Setenta pintaron exactamente esta esencia del amor en María dominante con estas palabras: *Interiora ejus constrata charitate ex filiabus Jerusalem.*

Todo ella es caridad, todo ella es amor, y amor de Dios: «Ventu-«roso género humano, exclama Boecio, cuando se rige por el amor «que rige el universo.»

«Ella es tan misericordiosa, dice un escritor elocuente, que nos «lleva consigo siempre, en todas partes, al través de las llamas de «la tribulacion, con mas celo que Eneas á su padre; al través de las «aguas de la misericordia, como el arca del Señor, que, segun el «Abulense, voló sobre el Jordan, llevando á sus portantes. ¡Milagro «estupendo! Los levitas llevaban el arca del Señor y no sentian su «peso; y porque la llevaban eran por la misma llevados, así como «las alas llevan y á la vez son llevadas por el pájaro. Este es el triun-«fo que constantemente María reproduce. Sus servidores la llevan «en andas de su amor; pero ella lleva á sus servidores sobre las «aguas del Jordan, y no los abandona hasta dejarlos en la tierra «que el Señor bendijo en aquella misma tierra donde el Señor de Is-«rael se apacienta con el pasto de la eterna felicidad.»

«Ó María, la dice Ricardo de San Víctor, por la piedad de Dios «tus pechos se llenaron, para que al llegar á tu noticia la miseria, «derramaras sobre ella la leche de tu misericordia, y no quedara ja-«más sin socorro la necesidad cuya voz llegara á tus oidos. Y ¡qué «extraño es que seas misericordiosa, si eres madre de la misericor-«dia! la misericordia vino á alimentarse en los pechos que ella le «habia dado, JESÚS mamó de tu carne, para que los hermanos de JE-«SÚS, Madre nuestra, pudiéramos mamar de la misericordia de tu es-«píritu.»

Iniciadora en las obras de beneficencia, María compadécese, en las bodas del Caná, del apuro en que van á encontrarse los esposos, teniendo agotado el vino del convite: ella lo observa, lo hace presente á su Hijo, exhorta á los convidados á la fe y obediencia, y el primer milagro se consuma por su alta insinuacion. El agua se convierte en vino. La sociedad carecia de un elemento vigoroso que la sostuviera, que la animara, que la impulsara. María le dió lo que le faltaba, dióle vino en el Caná, pero el vino del Caná no fue sino un símbolo: en el Cenáculo le dió mas que vino: dióle la sangre pura, fuerte, amorosa de su Hijo: María la dió, porque ella la habia dado de antemano á JESÚS.

Así, en el Caná descorrió la primera el velo de la divinidad de JESUCRISTO, inaugurando la série de milagros que evidentemente la atestiguan: María reveló al mundo la divinidad de JESUCRISTO por un milagro supremo de beneficencia.

Pues bien, á semejanza de María, el Pontificado reveló al mundo su divinidad tambien con un milagro de beneficencia.

II.

Habia en las puertas del templo de Jerusalen un hombre cojo desde el vientre de su madre, á quien traian á cuestas y ponian todos los dias á la puerta del templo, llamada la Hermosa, para pedir limosna á los que entraban en él.

Pues como este viese á Pedro y á Juan que iban á entrar en el templo, les rogaba que le diesen limosna.

Pedro entonces, fijando con Juan la vista en este pobre, le dijo: Atiende hácia nosotros.

Él los miraba de hito en hito esperando que le diesen algo.

Mas Pedro le dijo: Plata ni oro yo no tengo; pero te doy lo que tengo: en el nombre de JESUCRISTO Nazareno levántate y camina.

Y cogiéndole de la mano derecha le levantó, y al instante se le consolidaron las piernas y las plantas.

Y dando un salto de gozo, se puso en pié y echó á andar, y entró con ellos en el templo andando por sus propios piés, y saltando y loando á Dios.

Este es el primer milagro del Pontificado, revelacion clara del es-

píritu de beneficencia que le inspiró su fundador. Pedro quiso simbolizar en él la série de actos de amor social que han sido y serán el camino que deben recorrer sus sucesores en la tierra.

Este cojo desde el vientre de su madre significaba la sociedad pagana: nacida de la razon, faltábale para andar bien el pié de las creencias; por esto Pedro, el primer Pontífice, dijo ante todo al símbolo de esta sociedad: «Atiende á nosotros;» atiende, mira nuestra moral, escucha nuestra doctrina: el cojo les miró, esperando le darian dinero; pero no era dinero, sino una cosa mas valedera que dinero lo que iba á darle Pedro: iba á darle fuerza, robustez, movimiento. «Plata y oro no tengo, le dijo el Pontífice, pero te doy lo que «tengo; en nombre de Jesucristo levántate,» y no solo le dice: «le«vántate,» sino que le alarga su derecha, esto es, la mano con que el Esposo de los Cantares habia de abrazar la Esposa, la mano de la inspiracion y de la gracia, con aquella mano la levanta.

La levanta por la elevacion de la doctrina, la levanta por la sutileza del amor, la levanta, levantándose él mismo, hasta á la cruz.

Á la voz y á la accion del Pontificado, la sociedad pobre, inerte, paralítica; aquella sociedad tendida en la tierra del materialismo, cegada por las oscuridades idolátricas, subyugada por la fuerza del despotismo gentil, se levanta.

Se levanta, y da un salto de gozo, y se pone en pié y echa á andar.

¡Qué susto, hermanos, para los que habian comprado el género humano, como se compra un rebaño de carneros! qué susto para los tiranos que confiaban en la cojera de la sociedad para seguir manteniendo los pueblos en el embrutecimiento de la ignorancia y de los vicios! qué susto para los enemigos de la fraternidad social!

Se levanta, y da un salto de gozo; hasta entonces no saltaban de gozo sino los soberanos que pedian en sus festines las cabezas de los Santos por corona de sus regocijos; hasta entonces no saltaban de gozo sino los césares y los patricios, congregados en el Circo, cuando veian saltar y rodar las cabezas de los esclavos entre las garras de los tigres.

Pero, levantada por la mano del Pontífice, la sociedad salta de gozo y se pone en pié.

La habian reducido á ser el vil polvo que molian las carrozas de los generales; edificio majestuoso, construido por la divina Providencia, reducido quedaba á un monton de ruinas: habíanle dado por ley el que estuviera siempre tendida ó de rodillas; mas el Pontificado la coge, la pone en pié y la hace andar por sí misma.

En el paganismo, la sociedad no andaba por sus propias fuerzas, los soberanos la conducian, la llevaban por limosna á pedir limosna; la dejaban á las gradas del atrio del templo, no la entraban en él, para que no recibiera en él la luz de su dignidad y la instruccion de sus derechos: pero el Pontificado le reveló toda la verdad, conforme al espíritu de esta palabra de san Pablo: «Soy deudor á sábios

«y á ignorantes de la leche de la doctrina;» dióle conocimiento de los derechos á que era acreedora y la dijo: «No esperes al magnate «que te dé la mano con desprecio y por limosna, yo te la doy por «amor; yo te levanto por amor, yo por amor te digo: levántate, an«da, ven al templo.»

Y entró en el templo y loó á Dios la sociedad que no le conocia, y saltó ligera la sociedad que no andaba.

¡Qué cambio en los destinos humanos! ¡qué revolucion la operada por el Pontificado! revolucion, sí; porque el Pontificado revolvió las bases de la economía social, elevó lo que estaba caido, derribó lo que estaba edificado: disipando la cojera del pueblo, dió al pueblo libertad de moverse, libertad de andar, libertad de progresar.

Y no os escandaliceis si voy presentándoos al Pontificado como fuente de libertad y progreso: hoy que los enemigos de la Iglesia escriben en el campo de sus banderas estos dos evangélicos nombres: no os escandaliceis, no, porque la libertad y el progreso son dogmas incontrovertiblemente católicos, son bellezas pulidas y exornamentadas por Jesucristo, son la mejor prenda que puede darse en beneficencia al pueblo, siempre que la libertad y el progreso obedezcan á la palabra pontificia que los reconstituyó. Pedro, primer pontífice, dijo al pobre cojo: *Levántate;* hé ahí la libertad: *anda;* hé ahí el progreso. Pero examinad la naturaleza de este progreso y de esta libertad: el cojo, obedeciendo las órdenes pontificias, se levantó y anduvo en efecto; pero ¿con quién se alió para andar? se alió con Pedro y Juan: anduvo hácia el templo. Pues bien; hé ahí las únicas condiciones posibles del progreso y de la libertad, su alianza con el Pontificado, su direccion hácia al templo, tabernáculo augusto de la sabiduría religiosa.

La sociedad libre de su postracion, cobijada en el templo de Dios, adquirió tal fuerza, que muy luego pudo estremecer los fundamentos del despotismo gentil.

Frente una sociedad que bajo la presidencia de un Pontífice escogido por el Espíritu Santo practicaba el amor, hasta depositar los bienes en manos de la Iglesia, y repartirlos con igualdad, considerando sus indivíduos todos miembros del cuerpo de Cristo; esta sociedad que en menos de veinte años llegó á plantear, sin turbaciones, la fórmula mas atrevida del progreso, que es el comunismo, pero el comunismo basado en la caridad, fuera de cuya base será siempre una utopia, frente á frente esta sociedad no podia holgar el cesarismo, la política egoista, el código de la fuerza. Desde que el Papa empezó á enseñar que á todos nos habia comprado Cristo con su sangre, y que á todos los que habia comprado Cristo, les habia dado poder de hacerse hijos suyos, fue imposible el mercado de los hombres. Desde que el Cristianismo dijo al esclavo: «Tú va«les un precio infinito, porque una sangre de infinito valor te redi-

«mió,» la esclavitud fue un contrasentido. El cesarismo debió sucumbir.

Al bajar del trono el despotismo pagano, elevóse el amor pontificio de en medio de la sangre de sus martirizados hijos, como de en medio del mar el sol eleva el globo inmenso de su luz y de su calor. Todo lo fecundizó entonces. El Pontificado fecundizó el espíritu de asociacion para la beneficencia: el mal tuvo que luchar con asociaciones organizadas para el bien. Obra divina y social, el Pontificado envió compañías de Santos que aplacaran la Divinidad desde los desiertos, y otras compañías que combatieran con el ejemplo de sus virtudes los vicios públicos.

Mientras Arrio pretendia destruir brioso la Iglesia, san Basilio la rodea de un muro inexpugnable con su institucion monacal: el egoismo y la caridad se personifican respectivamente en los monjes griegos y en los partidarios arrianos. La caridad triunfa.

En otro siglo el espíritu del Pontificado se refleja en el alma sublime y organizadora de Benito: el Occidente ve aparecer en otras formas los ángeles monásticos de Oriente, y la sociedad que se constituye, encuentra en los Benedictinos auxiliares eficaces, que ora le desmontan y allanan el terreno para sus ciudades, ora buscan incansables los documentos históricos que anhelosos buscan los sábios, ora cubren con el sayal la miseria y la desgracia.

Á medida que los siglos progresaban, el amor pontificio desarrollaba la estupenda variedad de sus formas. El alma inmensa de Bernardo añade á las instituciones de Basilio y Benito el nervio de su genio, y la encantadora dulzura de su corazon. El Cister es el foco donde convergen y se reasumen el amor occidental y el amor oriental.

El siglo XII fue de grandes luchas sociales: el Pontificado abrió las puertas al espíritu monacal, dió libertad al espíritu de amor, á fin de que saliera á dulcificar los contratiempos de la guerra. El Pontificado suavizó, cuanto es suavizable, la crudeza de los combates, mezclando á los grandes ejércitos las órdenes de caballería cristiana; él dió á luz las congregaciones de caballeros hospitalarios, único amparo que encontraban las víctimas léjos de su hogar y de su patria.

El siglo XIII ofreció un cisma social, contrario á las máximas de justicia evangélica: ideas exageradas de poder tendian á reproducir bajo una nueva forma la antigua esclavitud. La autoridad se rodeaba de murallas y castillos, olvidando que en el Cristianismo la única base permanente de la autoridad es el amor. Este gran defecto en las bases de la constitucion feudal ocasionó una pasion diametralmente opuesta en el pueblo; los señores querian exaltarse demasiado, los súbditos degradarse en exceso. Pues bien, el Pontificado inspiró la institucion de varias Órdenes religiosas que fueron á la vez modelo de un feudalismo y de un pueblo segun el espíritu de Dios. Y este feudalismo y este pueblo cristiano, llamado la Órden franciscana, la Órden dominicana, contribuyeron á restablecer el equilibrio de la soberanía y de la sujecion.

La Iglesia en todas épocas ha estudiado la sociedad para corregir sus defectos: la union predicada con insistencia por el Evangelio, única base del bienestar de los pueblos, no era conocida en la edad media. Un furor de dominar, de ser y de poseer se habia apropiado de los espíritus de algun temple; mas de cuatrocientos soberanos contaba la Europa, la que venia á ser aquella agregacion de pastores que se reproduce cada verano en los frescos valles de los Pirineos, donde cada cual dirige el rebaño perteneciente á su comarca. Esta division, multiplicada indefinidamente, tenia disgustada á la Santa Silla, la que no podia olvidar que el divino Maestro le habia confiado la ejecucion de esta máxima: *Sed unos*. El Pontificado rogó á Dios le deparara ocasion propicia de resucitar la unidad de espíritu en la sociedad cristiana. Las abominaciones de los moros en Tierra Santa se la depararon.

La Europa conservaba todavía por distintivo glorioso el renombre de cristiana. El insulto hecho al Cristianismo por la infidelidad en los lugares donde orientó la justicia, debia conmover las fibras delicadas de una edad caballeresca y pundonorosa. Urbano II levantó la cruz gritando: «Á vengar los agravios que recibe: Dios lo quiere.»

Estas palabras corrieron la tierra con la velocidad del rayo, y la electrizaron. Los señores saliendo de sus castillos dirigieron á sus súbditos proclamas de union, terminadas por estas palabras: «Agrupémonos al rededor de la cruz, marchemos, Dios lo quiere.»

La guerra de pueblo á pueblo cesó en un instante; la paz reapareció en Europa; los señores descendieron á compañeros de sus criados; los criados se levantaron á cooperadores de sus señores. Reapareció la unidad de espíritu.

Así, una palabra del Papa suspendió instantáneamente el *statu quo*, formado por pasiones degradantes; el señorío dado á luz por el orgullo, la concupiscencia y la envidia, desaparece á la sombra del estandarte de la redencion. Los egoistas habian trazado algunos surcos en la tierra y habian dicho: «De este á este tú eres dueño y legislador absoluto; de este á este yo lo soy:» pero cuando el Pontificado dijo al mar de la gracia: «Adelanta algunas varas,» el mar adelantó, y sus olas rellenaron los surcos abiertos por la codicia: cuando cesó la extraordinaria avenida del mar, no se vió sino una playa de arena á nivel.

¿Os hablaré de la fecundidad social y religiosa de los cruzados? antes debo allanar una objecion con que podríais intentar detener la marcha de mi idea.

Diréis: ¿Cómo hablais de las mas sangrientas guerras de la edad media, en un discurso en que se trata de poner en relieve la fecun-